

# Un profesor incorruptible

Dr. Barbahan

20 de agosto de 2009

Ella entró a mi oficina, tenía un poco más de veinte años, los ojos grandes y verdes, aunque algunas veces agarraban una tonalidad azul, yo la amaba, era difícil conocerla y no enamorarse de ella.

Era bella hasta el extremo y hacía uso de su belleza, llevaba un vestido cortísimo de algodón rojo, además de un rompevientos blanco amarrado a su cintura, tapándole sus grandes y paradas nalgas, tan pronto entró a la oficina se desamarró el rompevientos, lo dejó sobre una de las sillas junto con su bolsa de mano, y una cámara Nikon de las caras. Abajo del vestidito un precioso calzón blanco, de esos tipo bikini se le traslucía en todo su esplendor.

Llegaba a mi clase ya sea con un pantalón arrequintado a punto de que su humanidad se desbordara, enseñando el ombligo y su escote generoso, o llevaba una minifalda, o como esta vez un vestido corto. Agarró un gis y se puso a escribir cualquier cosa en el pizarrón, lo más arriba que pudo. Entonces contemplé sus pantorrillas, sus blanquísimos muslos y aquellas enormes nalgas a mis anchas, sin inhibiciones. Era un monumento ambulante al culo, un culo capaz de dividir la historia en dos, la gente se referiría a las épocas venideras, como antes de ese culo (ac) o después de él (dc).

—¿Cómo me fue profe?— me preguntó mientras volteaba la cabeza y sonreía coqueta. Tenía humedo su corto cabello rubio, estaba recién bañada.

—Mal, mal, no estudiaste, estás reprobada— le dije mientras movía de un lado a otro la cabeza, sin dejar de mirarla ni siquiera por un instante. Le di rienda suelta a una gran erección, en el salón de clase no sé como lograba contenerme, pero allí, en la intimidad de mi oficina no tenía porque, otra vez esa horrible y vieja historia ya tantas veces contada, la de la bestia inanimada de un solo ojo tratando de escaparse de su mazmorra de algodón.

—No puede ser profesor— replicó ella abriendo sus grandes ojos.

—Como no, si nunca pasaste un solo examen y el final tambien lo reprobaste— le dije sin dejar de mirarla. Ella se dio vuelta, aún con el gis en la mano, seguía sonriendo, su linda cara era insufrible, se fue hasta la silla donde había dejado sus cosas, tomo su bolso, sacó un gran fajo de billetes de a cien dolares y me dijo:

—Yo tengo que pasar cálculo a como de lugar, profesor, yo no se como, pero tengo que pasar— enseguida extendio su mano llena de billetes y me los ofreció.

—No, no, por favor guarda eso, si quieres pasar ponte a estudiar para el examen a título, con tantito que sepas, pasas, pero así no.— Le quite por un instante la vista, me quedé mirando a su camara Nikon, ella tomó la camara y me la ofreció con un gesto.

—Ya te dije, así no vas a pasar.— Le volví a decir.

Sonrió de nueva cuenta con esa sonrisa devastadora y dijo:

—¡Ah, ya se!,— enseguida cerró la puerta de la oficina, regresó hacia mí, se plantó a escasos dos metros, se levantó lo poco que le quedaba de vestido y se bajó el bikini hasta las rodillas, pude ver su hermoso sexo castaño, mientras sus efluvios cargados de feromonas llegaban hasta mi nariz.

Con la voz entrecortada, inundada del más legitimo deseo le dije:

—Ni te los quites, que al cabo ni me quedan.